

EL LIBRO BLANCO

2º CONURS LITERARI CEIP. VIVERS

PRÓLOGO.

Despeja tu mente, relájate y déjate llevar por estos místicos y entrañables relatos. Pero, para realizar esta acción deberás leer con atención y dejar volar como una paloma a tu imaginación. Que tu subconsciente creativo cante como un jilguero en la gris ciudad y que vuestros estreses desaparezcan como el silencio al hablar.

Este relato está dedicado a las personas más importantes, aquellas con un gran corazón. Siempre recordamos a Einstein, a Marie Curie, etc. Pero las personas más admirables son las silenciadas, esas personas de gran corazón olvidadas bajo las capas de la historia. Aquellas personas que ayudaron a todas las personas, ya sean amigas, enemigas, compañeros de etnia o no. Esas personas cuya muerte injusta no se ha registrado y sus nombres no han pasado a la historia por los pocos miramientos de los hombres sin escrúpulos. Estas personas por las que darías la vida también darían la suya a cambio de la felicidad de la más pequeña hormiga del mundo.

Ahora dejémonos de rimas, póngase cómodo y lea. Como diría Lina Morgan: “agradecido y emocionado solamente puedo decir, gracias por leer”. Redoble de batería y empecemos la trama.

CAPÍTULO 1.

Érase una vez un principio experimental que decía así: *Saterboración*,
$$\text{Pereza} = \text{Aburrimiento}^3 + \text{Saterboración}$$

La *saterboración* es la satisfacción provocada por el aburrimiento. Es decir, si te aburres juegas, pero si el nivel de aburrimiento es muy alto entonces se provoca la *saterboración*. La *saterboración* provoca la pereza, la pereza provoca aburrimiento, el aburrimiento provoca *saterboración*, la *saterboración* provoca la pereza, y ese ciclo se repite; hasta que te conviertes en un cascarrabias amargado sin imaginación, sin alma ni corazón y sin felicidad ni infancia; cosa que provoca la avaricia. Entonces, si te ocurre eso, pierdes las ganas de mejorar el mundo, y la vida se convierte en una gran bola de acero que debes de cargar, y viceversa.

Así que para salvar el mundo hay que eliminar la *saterboración* (cosa bastante complicada y enrevesada).

Los humanos no lo habéis logrado por vuestro ego infinito y vuestro afán y cólera por ser los más avanzados y los más importantes (vuestra mayor característica es que, aunque sepáis que el poder os corroe como el ácido, lo ansiáis), pero en nuestra dimensión hemos creado lo que vosotros llamaríais mundo feliz. Bueno, de dos maneras.

La primera se basa en que el aburrimiento tiene cuatro factores: el no saber que hacer, la desesperación y falta de ganas por cooperar, la falta de las cosas simples y sencillas y el más importante, el tiempo. Así que si eliminamos el tiempo no habrá aburrimiento, ni diversión y sin una cosa no hay la otra.

Así que ellos destruyeron el tiempo, la diversión, el aburrimiento, la felicidad, la tristeza, el alma y la imaginación. A ellos se les asigna un papel al nacer. Luego, lo realizan sin distracciones y sin quejas, sin imaginación ni inspiración. Y no se quejan por amenazas, sino por la falta de personalidad y tiempo; y cuando alguien tiene un mínimo de personalidad, se le va al no convivir con nadie capaz de imaginar o crear. Gran parte de su sistema se basa en eliminar la variedad. Todos ellos son iguales, todo lo que está en sus dominios es igual. No varia.

Por suerte ellos lo hicieron solamente en su terreno por lo que no nos afecta. Ellos son llamados de muchas maneras, depende del dialecto. Para algunos son sin caras, para otros son sin almas, en el norte los llaman sin nombres, en las fosas los llaman cuerpos desalmados, en los capitolios los llaman vida inerte... No les salvamos porque no se quejan ni nos molestan. Cuando alguien ve a uno fuera de su vacío (al no tener mente, lo suyo no es ni un reino, ni un país, ni un imperio; por lo que lo llamamos el vacío) ni nos molesta, ni lo diferenciamos, ni lo notamos. Por lo que, lo que debería ser una utopía es una distopía. Pero ellos no lo sufren, al no tener sentimientos es lo que hay.

Luego tenemos la segunda manera, la nuestra. Nosotros somos lo contrario. Si hay variedad nunca te aburres. Pero, no me refiero a que los racistas metan a los diferentes en un circo con malas condiciones; no, estamos hablando de la libertad, de poder experimentar. Con libertad verdadera, democracia de la buena (no eso que llamáis democracia, eso

más bien es *dineroocracia*) se puede crear una casi utopía. No somos perfectos, pero somos sostenibles, independientes, felices y pacíficos. ¿Qué más queremos?

CAPÍTULO 2.

Me llamo Kurt. Soy un *Homo homanus*. Somos el siguiente paso en la evolución humana. La gran división que os acabo de contar se formó tras la gran guerra. Actualmente, vivimos en una Pangea, por lo que toda geografía que vosotros conocéis ya no existe en la Tierra. Los climas son más extremos y los accidentes geográficos de vuestro tiempo ya no existen. La gran guerra fue un conflicto mundial que duró billones de años y que atemorizó a todo ser vivo. Al ser tan extensa, a la madre naturaleza le dio tiempo a adaptar al ser humano a ese estatus. De ahí surgimos. Tenemos una tremenda agilidad, sentidos potenciados, visión térmica, capacidad para ver la polarización de la luz, percepción del tiempo, localización de rastros y feromonas, respiración por poros, branquias y pigmentos aturquesados que nos protegen del sol; de ahí nuestra gama de colores de piel azulados y violetas.

Yo vivo en Putuzú. Es una de las grandes capitales del país. Es una ciudad con edificios altos, blancos, majestuosos y con formas irregulares inspiradas en la naturaleza. Estas construcciones son blancas, pero con el contraste de los jardines colgantes en los balcones. Las estructuras tienen formas inimaginables e inverosímiles pero muy visuales. Luego está Memmy, el barrio antiguo, lleno de casas y cabañas de madera de poca altura. Yo vivo en el Memmy, y la verdad, es el barrio con mejor comer. No es que sea el barrio de pobres, no; se fundó cuando la gran guerra y en esa época todo escaseaba. No hemos querido derribar las cabañas porque son el casco histórico. Aquí no existe distinción étnica, somos todos iguales en cuanto a la sociedad (biológicamente ya es otra cosa).

Me dicen que tengo una constitución delgada, pese a ello también opinan que soy alto y fuerte, y con buena intención. La verdad es que no soy joven, mi bello es totalmente canoso y mi cara rebosa arrugas. Las gentes dicen que mis ojos son de semblante anciano y entero, diciendo también que soy dócil pero un tanto malandrín. No tengo un alma de ángel, pero

bueno, lo intento. Siempre me llaman distante pero aplicado, ya que hay ocurrencias en exceso en mi encéfalo. La verdad es que se suele tener confianza en mí, pero gracias al destino que aquí no hay prejuicios, más fuera del país hay muchos prejuicios sobre los ancianos de mi ciudad.

Me alaban mis compañeros, ya que, pese a la vejez, tengo la mente abierta y moderna. Aunque la verdad, tampoco soy tan mayor, rondaré los cincuenta y cinco. En mi barrio se me conoce como *el vigilante*, porque siempre me siento en los bancos y observo todo mientras me tomo un café matutino, alimento a las palomas, leo o estoy de tertulia. También tengo fama de bromista, y dicen por ahí que tengo una buena forma para mi edad. Vivo con Hortensia, mi pareja y madre de mis hijos: Karl de 12 años (chico), Mady de 10 (chique), Bell de 2 años (chica) y Charles que es un bebé (chico). También en mi morada habitan Pody, el cachorro peludo y blanco de a saber que animal que compré por pena en una subasta en las fosas y Tongo, el burro adulto que utilizo en mis viajes. Utilizo el burro porque, aunque podemos crear coches, estos fueron rechazados por la sociedad ya que contaminaban demasiado. El nombre de Tongo viene de que el animal toma miel y cosa contraria dice el refrán (la miel no se hizo para el asno).

CAPÍTULO 3.

Estaba yo un día en la cafetería, cuando se abrió la puerta y entró un cartero diciendo mi nombre.

- Yo soy el señor Rizomen, ¿qué ocurre? - le contesté.

- Una carta del capitolio de Putuzú, señor.

Extrañado le di las gracias y se fue. Los capitolios son como los ayuntamientos en nuestro mundo. Allí se congregan representantes del pueblo y de los gremios y toman decisiones. Al llegar a mi casa, abrí la carta. En su interior ponía que acudiera al capitolio a las dieciocho horas. Guardé la carta y me puse a poner la mesa y a hacer unos huevos fritos, ya que pronto llegaría el resto de la familia del trabajo y la escuela.

Por cierto, no os he hablado de mi trabajo. Trabajo en el museo municipal, me dedico a hacer exposiciones. Este trabajo me otorga mucho tiempo libre, ya que debo cultivar la imaginación. Ahora estoy preparando una exposición sobre los juncos y el arte moderno. Puede parecer muy aburrido, pero en el fondo es creativo e interesante. No cobro mucho, pero hay para vivir.

En la habitación brillaba la tenue luz de unas bombillas medio gastadas sobre el oscuro fondo de las paredes de madera. La calidez y la humildad reinaban en la sala. Pody, acurrucado, hacía piruetas, cosa que llamaba la atención del pequeño Charles. Bell comía con desgana, pero sin dejar de hablar, la dulce Hortensia acariciaba a Charles, y Mady devoraba la ensalada como si no hubiera un mañana. Karl y Hortensia entablaban una conversación conmigo, la cual era sepultada bajo las interrupciones de Bell, que intentaba comunicarse con sus sonidos de bebé mezclados con las palabras que conocía. La conversación trataba sobre el nuevo lote de dinero, que consistía en la subida del sueldo de Hortensia y el mío, una pequeña cantidad conseguida en la lotería y en la productiva cantidad sacada del mercadillo de vinilos vintage. Al final unos veinte mil euros. Al terminar la cena pensamos en viajar a algún sitio y en reformar la casa.

Cuando todos dormían le comenté a Hortensia lo de la carta, y que pese al nuevo dinero que habíamos conseguido seguíamos en una no perfecta situación económica. Le dije que buscaría un empleo secundario y que pediría una ayuda cuando fuese al capitolio. No hablamos mucho más, apagamos las luces y nos sumimos en el sueño.

El capitolio proporciona ayudas económicas a todos los ciudadanos cada lustro. Si tienes una muy mala situación económica te puede dar una ayuda inmediata. Pues bien, eso voy a pedir yo, una ayuda inmediata.

Al despertarme, acaricié a Pody y le puse un poco de su comida favorita, gelatina de cactus con nabos. Luego, fui al trabajo. Al penetrar en el interior de la estancia principal del museo me sorprendió verlo todo destrozado. El señor Walross, el director del museo público apareció en medio de la sala maldiciendo en murmullos.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Un robo, Rizomen. Se han llevado toda la exposición, han dañado a tres guardias y han quemado y manchado diversas obras, tanto pictóricas como arquitectónicas, han quemado la pista de skate del siglo XXI.

-Por falta de material debes trabajar duramente y adelantar tus exposiciones para el día 13 y hacer cincuenta y ocho exposiciones para dentro de medio año. Si no, no ganaremos dinero y el capitolio nos cerrará el museo, ya que es público. - dijo Walross con ojos coléricos y a gritos desesperados.

- De acuerdo, hoy iré al capitolio de la ciudad y les hablaré del asunto, a ver si nos traen más personal y presupuesto. Con suerte mandarán un equipo que intente salvar obras. A ver si nos dan algún edificio provisional.

- ¡Oh, gracias, Kurt no sé cómo agradecértelo!, pero no creo que nos den mucho dinero, ya han hecho mucho subiéndonos el sueldo a los funcionarios. Muchas gracias, a ver si sacas buenas exposiciones. La situación de la ciudad va cada vez peor, la pandemia del lustro pasado a causado estragos. La gente se está yendo y la comida escasea.

- Sí, vamos de mal en peor pero bueno, ya mejoraremos. Este sistema funciona al principio. Tras la gran pandemia, el atentado a los miembros de consejo del capitolio, el éxodo de emigración, el desabastecimiento y la huelga general nos han causado un gran daño.

- Tu vives en Memmy, ¿no?

- Sí, Walross.

- Pues tendrás noticias del sector primario. Los huertos están al lado.

- Sí, las vacunas no afectan al ganado, el virus se propaga y la sequía continua. Cada vez se produce menos.

- Dicen que las langostas han llegado a los invernaderos. En el mercado no hay nada que no sean boquerones. Creo, que las minas tienen falta de personal. Oye Kurt, ¿por qué se produce esto?

- Dicen que está habiendo una ola de calor por la región. Hay medios que aseguran que el Pong (es el río que pasa por la ciudad y que transmite aguas subterráneas por todo el país) se está secando. Los acuíferos se están ensuciando y evaporando.

- Pues bueno, ya tienes suficiente trabajo con las exposiciones. Te puedes ir. Las exposiciones son de tema libre, pero amplio e interesante. ¡Adiós!

- ¡Adiós!

Llegó al fin el tan esperado momento, eran las dieciocho horas. Salí de la casa y ensillé a Tongo. Tras montarme en él, le di un ligero golpe en las costillas con el tobillo y nos fuimos. Montado estuve veinte minutos hasta llegar al capitolio. Aparqué a Tongo y llamé a la puerta de aquel edificio. El lugar tenía un grande y amplio jardín lleno de plantas y fuentes de todo tipo. En él se encontraban tres edificios: la cruz dónde se encargaban del poder judicial, el jilguero dónde se encargaban del poder legislativo y el ágora, dónde se encontraban las cámaras del congreso. Me tenía que dirigir yo al ágora. Este edificio constaba de un techo alto y de cristal con forma triangular, unos capiteles y unas columnas blancas y maravillosamente deslumbradoras en la entrada y una gran puerta delantera con pájaros de granito incrustados. Las columnas se transformaban en naves laterales a los lados del edificio. Y en la parte trasera se elevaba una torre y una estructura trapezoide decorada con cerezos, almendros y árboles de loto alrededor.

Una mujer me abrió. Era de alta estatura y su cabello marrón estaba tan arreglado que impartía un gran respeto. Tendría el pelo a la altura de la barbilla y sus ojos azules y penetrantes no inspiraban mucha tranquilidad. Su sonrisa lobuna parecía el mismísimo diablo y sus pómulos sonrojados parecían unos tomates tan maduros que parecían a punto de explotar. Su expresión era limpia y elegante y de delgada constitución era aquella mujer. Eso sí, tenía un rostro tranquilo pero semejante a un ordenador por el que pasa mucha información. En ese momento llevaba un traje verde de terciopelo y decorado con pequeños adornos dorados. Me fijé en que llevaba un pequeño anillo de hierro oxidado con una letra Alpha superpuesta a una x grabada, ese era el símbolo de una unidad militar fascista de hace doscientos años que utilizaba armas magnéticas para destruir y cortar las conexiones por satélite. La verdad, no me causó una impresión de afabilidad. Esta mujer era la moderadora del congreso y me preguntó si yo era el señor Rizomen. Moví la cabeza de arriba a abajo con expresión afirmativa. Me dio la bienvenida y me dijo que entrara.

Las estancias estaban llenas de luz y en el centro del edificio había una fuente de aguas cristalinas con palmeras y potos alrededor. La

moderadora abrió una puerta de las muchas que había alrededor de la fuente. Al entrar, vi que veinte personas me esperaban y me di cuenta de que hoy yo sería el centro de la reunión.

Cuando estuve sentado bebí un trago de agua del vaso que se me había preparado y empezó la reunión. La congregación fue iniciada por el magistrado de los agricultores diciendo lo siguiente.

- Has sido llamado para realizar un recado. Mandar esta carta al presidente del vacío.
- Su contenido es confidencial, no lo puedes leer en ninguna circunstancia.
- dijo la magistrada de Putuzú.
- Señora, si no me equivoco esta misión es de peligro extremo. - dije.
- Exacto, así es. - contestó la magistrada de la ciudad.
- No puedo aceptarlo, tengo familia e hijos y esto es muy peligroso e importante. ¿Por qué escogéis a un anciano como yo?
- Le recuerdo que usted aún no es un viejo y que se habla de usted por su buena forma. No le podemos obligar, pero nos haría un buen favor. Usted es la persona escogida por mayoría absoluta. - dijo el representante de la hermandad de los margallones (una secta religiosa declarada como gremio hace treinta y siete años).
- Si es necesario iré. - dije.
- ¿Seguro que quiere ir? Le damos hasta mañana para decidir. Si acepta, debe firmar aquí con su puño y letra. Una vez firmado no se puede rechazar. - dijo la moderadora.

Sentí el impulso y me levanté. Le arranqué el papel de las manos con la suavidad de si se tratara de un niño y firmé con el bolígrafo que había sobre la mesa de la moderadora.

- Veo que se ha precipitado, pero una vez firmado, firmado está. Repartid el papel quien esté de acuerdo que firme.
- ¿Esto no se supone que es un tribunal del pueblo y no un conjunto de jefes que toman decisiones secretas? - dije.
- Señor Rizomen, esta carta nos podría sacar de nuestra mala posición económica.

- De acuerdo, solo porque nos podría ayudar a todos, pero la próxima vez no os haré caso a menos que me digáis lo que pone. - contesté con énfasis y brío, pero con educación.
- Es usted un buen hombre, el sábado se embarcará en el tren 79. El vacío está al otro lado de Rocotilandia.
- Espera, ¡al otro lado de Rocotilandia! Me niego, eso es tierra desconocida y, además, tendré que cruzar el gran río (la Pangea está dividida en dos partes: nosotros vivimos en una, la costa de la parte este del otro lado está explorada, pero el resto no. El mar que separa las dos partes se llama el gran río).
- Lo siento, ya está firmada.
- ¿Quiénes os creéis que sois? No me voy a quejar más si queréis iré, pero tenéis que darle una ayuda económica a mi familia y una al museo municipal.
- Hecho, todos tendrán su ayuda. - contestó la moderadora.

Al llegar a casa le comuniqué a Hortensia lo ocurrido. Ella se cabreó y me dijo que me echaría de menos.

- Si quieres te puedes llevar a Pody, te hará mucha compañía. ¿Seguro que quieres irte? - dijo Hortensia.
- No, no quiero irme, pero es mi deber.
- El sábado nos despedimos, vamos a contárselo a los niños.

Tras contárselo Karl, Mady y Hortensia me abrazaron, todos rompimos en lágrimas menos Bell y Charles que se miraban seriamente como si se intentaran comunicar por telepatía.

CAPÍTULO 4.

Tras comunicárselo al señor al señor Walross me fui a la estación de tren, no sin antes despedirme de mi familia. Nos abrazaron a Pody y a mí, al final, decidimos que me llevaba también a Tongo. Me subí, Mady me dio a Pody y dejé a la pequeña criatura en un cubo empotrado en la alforja entre mis piernas.

No fui directamente a la estación, primero fui al veterinario porque a Pody últimamente le estaba saliendo una trompa, su pelo empezaba a tomar colores y su tamaño aumentaba considerablemente. El veterinario me dijo que Pody se estaba haciendo adulto y que pronto debería llevarlo a una manada de su especie. Durante el trayecto estuve pensando en si encontraría alguna manada en el viaje.

Al llegar a la estación la contemplé. Delante tenía una columna, la pared era de piedra rojiza y el tejado estaba formado por cúpulas de cristal y hierro oxidado. Al entrar había una sala abarrotada de gente y llena de relojes, megáfonos y pantallas con nombres de destinos. La sala estaba llena de bóvedas de crucería con columnas negras, naranjas y blancas. Llegué al fondo de la sala donde había una zona baja donde estaban las vías del tren. Esperé y al llegar el tren subí y al rato, arrancamos.

El lugar más lejano al que había ido era a las fosas donde conseguí a Pody, pero ahora, tendría que ir más lejos aún. Al salir de la ciudad me entristecí al pensar que no la volvería a ver y estaba en lo cierto, en efecto no la volvería a ver.

No tardé mucho en entablar una conversación con alguien, una pareja de ancianos nos dijo que para llegar a donde queríamos teníamos que cruzar el desierto, llegar al terreno del Capitalista y coger un barco al otro lado. En ese momento no lo vi muy difícil, pero ahora me doy cuenta de mi ingenuidad. Les agradecí su colaboración y ellos bajaron de parada.

Tras la quinta parada, el tren se averió y tuvimos que bajar. Enviaron a unos policías para que acompañaran a la gente de vuelta a la ciudad. Yo le pregunté al conductor como ir al desierto, me dijo que la última parada estaba cerca, pero tendría que esperar a mañana. Me dijo también, que podría ir andando, pero que tendría que ir por el norte y por las fosas. Dijo que de este modo tardaría unas tres semanas. Le agradecí su colaboración y me metí en una senda hacia el bosque. Escogí la segunda opción, por lo que cogí el camino hacia el norte que atravesaba el bosque.

Al parar le preparé una sábana a Pody y me metí en un saco de dormir mientras tongo dormía tranquilamente. Estuve toda la noche arrepintiéndome de haber firmado y pensando en mi familia. Algo me decía que debía volver, pero por otra parte pensaba que esta aventura sería una gran oportunidad. Tuve la idea mientras reflexionaba, de realizar exposiciones sobre las cosas que encontrase durante el viaje, así conoceríamos otras culturas. Ya no veía nada, la oscuridad cayó por completo en el bosque. Me costó dormir, pero al final lo conseguí.

Noté un golpe suave en la cabeza, era Pody que intentaba despertarme. El sol lucía, Tongo estaba pastando y Pody perseguía a un conejo saltarín. Me levanté, desayuné, recogí y me subí a Tongo. Pody estaba arriba conmigo cuando Tongo se paró, un cervatillo extraviado estaba en medio del camino mirándonos. Cogí una escopeta de caza que llevaba y le apunté. Estuve alrededor de un minuto pensando en que hacer, si le disparaba o no. El cervatillo estuvo mirándonos todo el tiempo hasta que ya no pudo. Una bala atravesó a la cría y esta cayó en el suelo gimiendo. Fue la primera vez que maté a un animal. Tuve muchos víveres, pero me causó mucho remordimiento.

Era ya por la tarde, había superado los remordimientos y pensé que a trote no llegaríamos a ningún sitio. Tras la orden, Tongo inició un rápido galope con Pody, conmigo y con un cadáver de cervatillo encima.

Esta marcha rápida no me permitió observar la magia del bosque y en nada ya habíamos dejado atrás el bosque y estábamos en una amplia pradera. Cayendo la noche, una vieja apreció mientras descansábamos. Debería estar loca, ya que iba pregonando por la naturaleza, sin humanos que la oyeran. Al vernos, nos saludó con una gran euforia y energía, pero al rato su rostro se tornó triste y empezó a hablar de cosas extrañas. La vieja llevaba unos hábitos de monje descosidos y rotos, sobre los cuales tenía colocado un pequeño manto de punto de cruz morado. En su mano izquierda sostenía un bastón de madera y en su derecha tenía una cesta de mimbre con setas y hierbas silvestres. La mujer, estaba encorvada y

su rostro arrugado recordaba a una nuez. Sobre la cabeza, un sombrero marrón de arpillera llevaba. Era pelirroja y su pelo con mucho volumen estaba desaliñado. La mujer hablaba de lupinos y caninos, hombres medio perro y medio lobo que venían en el crepúsculo y que mataban a la gente. Al principio no me lo creí, hasta que un hombre peludo apareció y se dirigió hacia nosotros. La anciana me dijo que huyera, mi instintito me ordenó hacerlo y me subí a Tongo, cogí a Pody y al cervatillo y huimos a galope. A unos veinte metros de distancia vi al hombre peludo de unos tres metros de altura clavándole la mano por detrás a la anciana y arrancándole la columna vertebral. Luego, el hombre nos vio y se dirigió hacia nosotros, por suerte lo perdimos de vista e intentamos salir de la zona lo antes posible. La huida nos hizo seguir trotando toda la noche y yo, al estar dormido sobre el caballo no me di cuenta.

Me desperté al notar un fuerte golpe en un costado, Tongo estaba tan fatigado que se tiró al suelo y con él caímos todos. Serían las diez de la mañana cuando me desperté. Al instante Pody se despertó y miramos el ambiente. Estábamos en Pullxen, una provincia formada por las aldeas de Rotwald, Bärbach, Euldorf y Krankberg, la capital. O eso decía el cartel que teníamos enfrente.

- Hola, ¿qué te trae por aquí? - dijo un anciano que estaba sentado en un banco.
- Quiero ir al norte. - contesté.
- Pues estás en Bärbach, el pueblo más al sureste de Pullxen. Tranquilo, el valle de Pullxen no es muy grande, los pueblos no están muy lejos entre ellos.
- Vengo de Putuzú. ¿Podría acogernos unos días?
- Claro que sí. Adivino: has visto a un lupino.
- Sí, la verdad en la ciudad no sabemos nada ni de esos monstruos ni de esta provincia.
- Somos la provincia de la frontera, tras pasar la colina de Weitweg habrás salido del país.
- Gracias, señor, vamos a ver el pueblo, luego buscaremos asilo.
- Ya tenéis asilo, en mi casa. Está en la calle mayor.
- Adiós.

Le dije al anciano que se llevara a Tongo a su casa y Pody y yo fuimos a dar una vuelta. Las casas eran de piedra y de un piso, pero a medida que nos acercábamos a la plaza mayor las casas de pastoreo desaparecían y aparecían grandes casas de tres plantas hechas de arcilla con entramados de madera en la fachada. Estas edificaciones tenían el tejado triangular lleno de tejas negras de pizarra. Al llegar a la plaza todo el pueblo estaba conglomerado en un mercadillo de productos frescos. Se accedía a la plaza por tres pasos que iban por debajo de las casas, las cuales eran sostenidas por unos postes de madera. La plaza tenía el suelo de mármol rosado y resbaladizo, en un lado estaba la catedral gótica con unas pequeñas agujas y torres (el templo no estaba muy decorado), junto a la catedral había una fuente con una estatua de un pavo real de oro, junto a la fuente encontrabas unos pequeños arcos rotos que pertenecían a unas ruinas romanas y el resto de la plaza estaba formado por las casas con entramados en la fachada. En este entorno se encontraban los ciento dos habitantes del municipio, cuyos murmullos se mezclaban con los cantos de las aves y los anuncios de los vendedores. Compré una lengua de vaca hervida, unas tripas cocidas, tres morcillas, una ristra de chorizos y de ajos, sesitos de cordero, varios puerros frescos, restos faciales del cerdo (ojos y piel) y un manojo de acelgas. Guardé la compra en una neverita que llevaba para viajes. Al salir de la plaza vi un cartel en el que ponía: "Calle mayor". Fui por la calle hasta que vi sentado en un porche al anciano que me invitó.

- Hola otra vez, sube. El burro está en la cuadra trasera. - dijo el hombre.
- Gracias.

Abrí la puerta y entré. Se alzaba una enorme escalera que subía hacia arriba. El resto eran paredes de piedra sin muebles ni nada. Apareció una señora con una altura de menos de medio metro.

- Vete de aquí. No te fíes de ese hombre. Secuestra a los extranjeros y los mete en jaulas. De hecho, yo puedo salir de mi cárcel durante dos minutos para limpiar. ¡Vete de aquí! ¡Corre! - dijo ella.
- No te creo, pero acepto tu consejo. No me fiaré mucho de él.

Me fui horrorizado de la estancia. Fui a la cuadra y estuve un rato con Pody y Tongo. Al rato el anciano medespertó. Me dijo que estaban reformando la casa y que por eso estaba la casa tan desastrada. Volví a la

casa y miré el reloj, pronto se haría de noche. Salí con los dos animales, el cervatillo y un saco con la comida previamente comprada. Fui a una panadería y cuando estaba cogiendo el pan para irme un aullido resonó en la ciudad.

- ¡Un lupino! Escondeos. - dijo la panadera.

Todos nos metimos debajo del escaparate, incluidos los animales.

- Kurt, - dijo la panadera, que sabía mi nombre - usa la visión térmica para ver si viene.
- No la he usado nunca, pero lo probaré. - lo intenté, pero no fui capaz.
- No puedo, debo practicar. - dije.

Una señora se asomó y dijo que el lupino había entrado en una casa.

- Vía libre. - dijo la mujer.

Mi instintito me dijo que cogiera a Pody y a mis objetos y que me subiera a Tongo. Salí a galope por la puerta y la adrenalina se me puso hasta arriba. Creo que me pareció sentir al lupino girándose y saliendo de la casa. Pero aun así salí y no me molesté en mirar atrás.

El lupino salió corriendo detrás de mí. En el pueblo, el anciano que me acogió salió a la calle con una escopeta.

- ¡Dónde está Kurt! - chilló el viejo.
- Se ha ido. - dijo alguien.
- Ya no tengo esos diez mil billetes frescos que valían sus órganos. ¡Le mataré!
- ¡Ayuda, es un brujo! - dijo un habitante.
- ¡A por él! ¡Quemadle! - dijeron los pueblerinos.

Unos se fueron a encender una hoguera. El resto fue a buscar al anciano. Lo acorralaron en una calle antigua. No quedaba escapatoria el viejo caería en el fuego sí o sí. Pero tuvo una última ocurrencia, el anciano prefirió que el plomo de su escopeta le atravesara la cabeza. Un cuerpo inerte que en su tiempo perteneció a alguien se cayó en la casa de un pastor para no volver a levantarse.

CONTINUARÁ...

Pau García Garrigues